

«Por todas partes halla afecto y simpatía: porque esta criatura, inocente, modesta, silenciosa, llena de bondad para todos, no excita mas que la simpatía sin despertar la emulación.

«Aquí estoy encadenado á sus pasos con una fuerza que no puede mi corazón contrarestar: desde que ha llegado, creo que respiro mejor: su marido no me conoce: con ella me he encontrado dos ó tres veces en el paseo solitario que doy cada mañana: me ha visto y me ha sonreído con afecto como á un amigo antiguo: yo no me he atrevido á hablarla, porque su inocencia y su desgracia han atado mi lengua con lazos que no podía ni queria romper.

«Adios, amigo mio: soy muy desgraciado, pero no tanto como antes desde que la veo: cuando ella se vaya de aquí, no la seguiré, pero tampoco me quedaré en estos sitios.

«Dime si te has casado ya con la bella y simpática Leticia, que será, estoy seguro de ello, una tierna compañera para tí, y una hija muy buena para tu madre.

«¡Dichoso tú, y ojalá Dios te conserve la felicidad que á mí me niega!

«Te abraza tu amigo invariable

JORGE.»

—¡Oh, mi pobre Fernanda! exclamó Leticia; tu martirio es horrible y tan silencioso, que no alcanza ni alcanzará ninguna gloria!

—Dios ha dicho—*los que lloran serán consolados*,—repuso la madre de Gustavo; y El da la recompensa en el cielo á esos mártires que el mundo no conoce.

—¡Qué distinta es mi suerte! repuso la jóven: yo, por pobre, podré unirme al hombre á quien amo: el trabajo nos dará su sabroso pan y su tranquilo sueño, y seremos ambos dichosos! y ella.....

—Ella ha tenido que inmolarse como víctima de las

riquezas de su padre. ¡Ah! cuando nos quejamos de la suerte, ofendemos á Dios y no sabemos lo que pedimos! Pero mi querida Leticia, dispón lo que tengas que arreglar, porque Gustavo y yo deseamos que vuestra boda se verifique el próximo domingo; el invierno llega y es preciso irse ya á Madrid, despues de haber pasado aquí los primeros dias.

V

A entradas del invierno, el baron y la baronesa de Valdemar llegaron á Madrid.

Leticia, que hacia poco mas de un mes que se habia casado, fué la encargada por Fernanda de prepararles su soberbio palacio de Recoletos, que se hallaba cerrado desde su salida, pues los criados habian sido despedidos.

Leticia, que vivia en una modesta pero alegre casa con su marido y la madre de este, sintió que su corazón se oprimia al entrar en aquella suntuosa á la par que triste morada.

Invadiólo todo el polvo, y las cortinas corridas, de seda muy espesa, no dejaban paso á la luz.

A las cuatro de una nebulosa tarde de Octubre, se detuvo á la puerta el coche que traia desde la estacion del ferrocarril á Fernanda y á su marido.

Leticia y el suyo se hallaban allí para recibirlos: las dos primas se abrazaron con ternura, y la jóven esposa del doctor, colmó de besos y de caricias á la baronesa de Valdemar.

Pero de repente detuvo sus trasportes y miró á Fernanda con terror.

Esta se hallaba espantosamente cambiada.

La palidez de sus mejillas ya no era aquella fresca y rosada, que tan interesante la hacia en otro tiempo: hallábase su semblante cubierto de un color plomizo y casi lívido, producto de largas noches de llanto y de insomnio.

Sus grandes y hermosos ojos negros estaban como agobiados por la tristeza de la frente y por las cóncavas y oscuras ojeras que los rodeaban.

Ya no eran sonrosados sus labios, y la sonrisa que los entreabría con frecuencia, era tan triste que, al verla, se sentían deseos de llorar.

—¿Me hallais muy cambiada, verdad, amigos míos? preguntó la baronesa al doctor y á Leticia: he sufrido mucho moral y físicamente, y no es extraño: mi pobre padre.... ¡Ah! esta casa está aun llena de su memoria, pues aquí estuvo el día antes de morir!

Fernanda dejó escapar de sus abatidos ojos algunas lágrimas: su marido la miró enojado y dijo con dureza:

—A la verdad, querida, que ya es ridículo tan largo dolor! ¡Si todos los que pierden á sus padres se pasaran la vida llorando, estaria bueno el mundo!

Fernanda alzó sobre su marido una mirada, llena á la vez de tal amargura y de tanta admiración, que éste tuvo que bajar los ojos, y despues de contemplar con enojo y frialdad á Leticia y al doctor, se retiró á su habitación sin dirigirles una palabra de cumplimento ó despedida.

Gustavo, ofendido, hizo una señal á su mujer para marcharse; pero Fernanda, asiendo una mano de su prima y otra del doctor, exclamó:

—¡Oh, no; no os vayais todavía; deseaba tanto veros!

—Parece que nuestra presencia no es de ningun modo agradable al baron, dijo Gustavo, y por mi parte deseo no serle molesto.

—¡Molesto! No, no lo temas, querido primo! exclamó la baronesa: no, él es así.... algo brusco, pero ama todo lo que me pertenece.... no le hagais caso ni tú ni Leticia: los hombres de negocios son todos ásperos.... ya sé sabe.... Mi pobre padre lo era tambien algunas veces....

—¡Ah, perdonad! el nombre de mi padre viene sin cesar á mis labios, y su memoria no se separa un instante de mí. Pero hablemos de vosotros.... ¿sois dichosos? así lo

creo, y no sabeis con cuanto gusto pasaré algunos ratos en vuestra casita, que debe ser un cielo de alegría y de felicidad.

—Sí, soy dichosa, prima mia, respondió Leticia; mas dichosa sin duda que tú, que estás en extremo alterada y triste.

Fernanda iba á hablar: su corazón subia á sus labios: su alma necesitaba expansion.... pero la pobre mártir tenia, para mostrar sus dolores, que culpar á su marido, á su marido á quien amaba, y se detuvo.

Al cabo de algunos instantes de silencio repuso:

—No te ocultaré que sufro algunas veces, prima mia: ¡sí, sufro porque me acuerdo de mi padre!

Sonó en esto la campanilla de la escalera: se oyó abrir la puerta, y despues un altercado en el que se mezclaban la voz de tiple de una mujer y la voz gruesa del lacayo de la antesala.

Leticia escuchó admirada: el ruido de la contienda se iba acercando, y la baronesa se acercó tambien á la puerta: ya iba á abrirla, cuando se abrió por sí misma, y una mujer gritó, al penetrar, con tanto ímpetu, que casi hizo caer á la baronesa.

—He dicho que entraria, y entraré.

Era una joven de lindas y graciosas facciones y de aire atrevido: era la misma Ernestina á quien conocimos en el Hotel de Paris.

Venia elegantemente vestida con un traje de seda azul y un abrigo de terciopelo, pues la tarde estaba fria; un sombrero azul, mitad de raso y mitad de blonda, cubria sus cabellos negros y brillantes, ligera y naturalmente ondulados.

El criado de la antesala entró tras ella y dijo á Fernanda:

—Señora baronesa, la señora se ha empeñado en ver al señor baron, y como no tenia órden suya de dejarla pasar, yo no queria.....

—¡Vd. es un insolente! gritó Ernestina: el baron me

escribió ayer que llegaba, y he querido verle: si él supiera que vd. se ha atrevido á impedirlo.....

—Retírese vd., dijo Fernanda al doméstico con su dulzura acostumbrada; y volviéndose á la jóven añadió:

—En cuanto á vd., señorita, puede esperarle si quiere: ahora se le avisará.

Ernestina miró asombrada á Fernanda: luego se vieron humedecer de lágrimas sus bellos y atrevidos ojos: por último cómo si no pudiera resistir al impulso secreto de su alma, se lanzó hácia la baronesa y le preguntó:

—¿Cómo señora! ¿no le importa á vd. que vea á su marido? ¿No sabe vd. quién soy yo? ¿No recuerda vd. haberme visto en Paris, cuando fui á buscarle tambien al Gran Hotel?

—Sí, dijo la baronesa: recuerdo haber visto á vd.

—¿Y no adivina vd. nada?

—Entonces nada pude adivinar, porque era muy niña y muy inocente: ahora que el dolor ha abierto algun tanto mis ojos, creo adivinar algo triste para mí, pero aun mas triste para vd.

—¿Y no me hace vd. arrojar de su casa.

—¡No! es vd. mujer y desgraciada, porque camina por una senda torcida.... Además, ¿qué adelantaria yo con dar un escándalo? Hacer á vd. un nuevo daño, pobre jóven.

—¡Oh, señora, exclamó Ernestina, tomando la mano de Fernanda y cubriéndola de besos y de lágrimas; ¡como es posible que haya un hombre capaz de preferirme á vd.! ¡Perdon, ángel del cielo! yo soy una de las que consuman la ruina del baron, pero no la única.... he sabido lo que ha hecho en Baden; y apenas he tenido noticia de que se hallaba aquí por una carta soya, he venido á decirle que es un infame: ¡oh! si vd. supiera....

—Nada quiero saber de lo que no hace favor á mi marido, repuso Fernanda con dulce dignidad: en cuanto á vd. la compadezco, ¡pobre jóven! es seguro que ni ha conocido á sus padres, ni tiene tampoco un esposo, quien

por mas extravió que tenga, es siempre el amparo mas seguro y mas legitimo.

—¡Ah, señora! ¡qué triste verdad hay en lo que vd. piensa, exclamó Ernestina volviendo á su llan'lo; yo soy una de tantas desdichadas que no tienen familia, ni cariño, ni afecciones en el mundo: fui hija única y mis padres me adoraban: nada aprendí del gobierno de una casa, ni de las labores propias de mi sexo, ni de nada de lo que ilustra el entendimiento y eleva la inteligencia: murieron; y el desamparo, la pobreza, mi completa ignorancia, me condujeron á la vida del galanteo, de la disipacion: creyéndome amada, viéndome cubierta de galas y joyas, nada mas pedía al porvenir, y así pasé la primavera de mi vida: mas poco á poco he ido viendo que todo era mentira, y que el amor verdadero ni se compra ni se vende.... Hoy que tengo ya veinticinco años y la ruina de algunas familias pesando sobre mi conciencia, envidio á la pobre obrera, esposa y madre, á la que ama á un hombre honrado de su clase, con un cariño honesto y correspondido.

¡Adios, señora! prosiguió la jóven: no seré yo la que contribuya mas á la ruina consumada ya del baron: venia á llenarle de improperios; pero prefiero alejarme sin decirle nada: ojalá sea vd. tan dichosa como merece y yo le deseo.

Salió Ernestina; y Fernanda, ruborizada de que Leticia y su marido hubieran sabido los crueles misterios de su vida doméstica, procuró recobrase y hablar de mil cosas que les distrajesen de lo que acababan de oír: pero el doctor y su esposa conocieron la violencia que la pobre jóven se estaba haciendo y se despidieron de ella.

Así que salieron, el rostro de Fernanda se cubrió con la densa sombra del dolor, y dejando caer la frente en su mano, quedó por largo rato meditando y sumergida en amargas reflexiones.

El invierno se pasó dando el baron de Valdemar cada dia un nuevo escándalo, no solo con sus ruidosos amores con todas las beldades de moda, sino tambien con algunos lances de honor en que se vió envuelto á causa de sus continuas conquistas.

Desde su vuelta de Baden, el dinero escaseaba cada vez mas en el palacio de Valdemar: los criados se habian despedido en su mitad y los que quedaban servian con ese ceño, con ese despego, propio de los sirvientes mal pagados.

Fernanda vió llegar un dia en compañía de su marido á un hombre flaco, amarillo y vestido con un deteriorado traje negro; seguíanles dos mozos de cordel, que conducian una enorme caja y todos se dirigieron al comedor: el baron mismo abrió los chineros, y toda la vajilla de plata labrada fué colocada en la caja y conducida fuera de su casa.

El baron esperaba de su mujer reconversiones ó, á lo ménos, preguntas; pero ésta no le dijo ni una sola palabra, ni su bello rostro perdió nada de su apacible serenidad.

Enternecido el esposo calavera, se acercó á ella y la asió de las manos mirándola con admiracion.

—Fernanda, le dijo, estamos arruinados, no te lo quiero ocultar.

Fernanda le miró con sobresalto: el baron añadió:

—He jugado y perdido mucho: todo lo mió y hasta tu dote.

—Yo no tenia dote, repuso la jóven.

—Lo tenias porque yo te lo habia señalado.

—Entonces era tuyo.

—Mañana, Fernanda, tendremos que abandonar esta casa que se va á vender para pago de acreedores y te hablaré de llevar á otra mucho mas modesta.

—No te apures por eso, dijo la esposa, y para satisfacer

al acreedor mas exigente ó que tenga mas razon, toma mis diamantes: ya sabes que me visto poco de noche.

—Pero esos diamantes son en su mayor parte de tu madre.

—Reservaré éste que siempre llevaba puesto, dijo Fernanda mostrando en el dedo anular de su preciosa mano, una sortija pequena: los demas te los ofrecería tambien mi buena madre si viviera y necesitaras de ellos.

—¡Ah! ¡qué buena eres, Fernanda! exclamó verdaderamente enternecido aquél hombre disipado y frívolo; ¡y yo qué poco te merezco! ¿No me aborreces?

—Fernanda dejó escapar un triste suspiro: su marido se dejaba llevar por su afán de lujo, por sus inclinaciones disipadas: pero esto, se sentía inclinada á perdonárselo, puesto que para ella siempre habia sido comedido y casi galante: lo que no podia olvidar era que habia contribuido á la muerte de su padre.

—Te compadezco, respondió la joven á la pregunta que su marido acababa de hacerle: te compadezco porque no sabes ó no puedes huir de esa vida que te arruina.... ¿Dí, no tienes una casa en una provincia adonde nos podamos retirar algunos años? Yo te prometo que, si me dejases la direccion de los negocios, pronto desempeñarías todos tus bienes y nuestra casa volvería á estar floreciente y rica.

—¡Ah! y entonces yo te juro que no volvería á disipar nuestros caudales tan locamente como ahora, dijo el baron: ya conozco lo que el mundo dá de sí y deseo el retiro y el descanso.... Tengo, en efecto, una casa en un pueblecito de Extremadura.

—¿Se puede vivir en ella? preguntó ansiosa Fernanda.

—Es muy vieja y muy fea, aunque grande.

—No importa, vámonos allá: justamente ahora llegaría pronto la primavera

—No, aun no..... dijo el baron: esperemos todavía

algunos días: tengo aun algunas esperanzas.... si se defraudan, nos iremos, aunque por ahora no muy á gusto mio: la casa necesita reparos, sobre todo por tí, mi pobre Fernanda.

El baron, para huir de las instancias de su mujer, salió de la habitacion: hacia días que le preocupaba una loca afición á una dama jóven y bella, que rechazaba sus pretensiones, y cuya aversion crecia, á medida que se aumentaban los extremos del baron, que eran ya el pábulo de todas las conversaciones.

¿Qué pensaba de Fernanda la sociedad, en la que vivia su marido? Lo mas injusto, lo mas absurdo, lo que se hallaba mas distante de la verdad.

Que era una niña casi imbecil, indiferente á todo, vulgar y con sus puntas de beata.

La misma noche del día en que la baronesa instó á su marido para que consintiese en retirarse á la aldea, llegó éste en su coche acompañado de dos amigos y con una bala en el costado, que el esposo de la bella jóven á quien perseguia le había alojado allí en un desafío.

Al día siguiente, y despues de la primera cura, el baron y la baronesa de Valdemar salieron para el pueblo donde estaba la casa solariega del primero.

Su fortuna se hallaba del todo arruinada.

Su palacio, sus bienes, sus fincas, sus carruajes, sus caballos y hasta sus muebles, estaban embargados por los acreedores.

VIII

Seis años despues, y en una fria noche de Diciembre, los dos esposos se hallaban sentados al lado de una antigua chimenea, en la que ardía un abundante fuego.

El baron se hallaba flaco, casi demacrado, y su aspecto indicaba que sufría.

En efecto, su herida le habia dejado reliquias difíciles

de curar, ó por mejor decir, que debian acompañarle toda su vida.

Interesado el hígado y gravemente lesionado, le producía padecimientos continuos, que ora se suavizaban á fuerza de calmantes, ora se exacerbaban, sin que nada fuera bastante á mitigar sus agudos dolores.

Ya no habia en aquel hombre, que el mundo habia devorado con sus espantosas fauces, rastro alguno de belleza: se hallaba calvo, sin dentadura, y su flaco cuerpo se movía dentro de una bata de raso oscuro, entretelada, y ceñida á su angulosa cintura por un cordon de seda.

Fernanda no habia hecho mas que cambiar la forma de su martirio, pero el martirio existía, si bien mas silencioso y mas mudo que nunca.

Nadie iba á aquella casa, porque el baron, de carácter altanero é intolerante, excitaba una universal antipatía; y la baronesa, únicamente consagrada al cuidado de su marido y de su casa, á pesar de su extrema juventud, solo salía de ella para ir á oír misa á una iglesia cercana.

Jamás tomaba el sol, ni respiraba la brisa del campo, ni salía de entre aquellas espesas paredes heladas y sombrías.

La palidez de la jóven se habia aumentado, ó mas bien se conservaba la que se advertía en ella á su vuelta de las aguas de Baden, y que ya no volvió á desparecer.

Se hallaba ademas en los últimos días de un embarazo que para ella habia sido un continuo sufrimiento físico; pero ¡con qué paciencia, y hasta con qué alegría habia soportado sus padecimientos! ¡Iba á tener un hijo despues de siete años de matrimonio, es decir, cuando ya habia perdido toda esperanza de ser madre! ¡Iba á tener en su soledad, la mas grata, la mas bella, la mas dulce compañía en su hijo!

Esta idea consoladora sostenía el valor de Fernanda:

ademas, su economía, su continua aplicacion al buen órden de la casa, la modestia de su mesa, y la absoluta carencia de gastos por su parte y por la de su marido, quien á causa de su retiro y del estado de su salud, no podia tampoco gastar, iban mejorando su fortuna.

Fernanda habia conseguido con la venta del trigo, del vino y del aceite, desempeñar su casa de Madrid y la mayor parte de sus bienes embargados: podia, pues, dentro de uno ó dos años, á lo mas, decir á su marido:

—¡Vuelve á Madrid si ese es tu deseo! Yo me iré tambien para alentarte, y nuestro hijo te separará de la senda de los extravíos; ahora ya tienes por quien mirar; sé padre, ya que no sepas ser esposo!

Todas estas ideas y la seguridad de una conciencia pura, el mayor bien que el cielo nos puede conceder, vestian al porvenir de aquella jóven de veintidos años de nubes rosadas, y la consolaban de las asperezas de su marido, quien, irritado contra sí mismo, pasaba el dia y la noche en una continua y amarga queja.

¡Pobre Fernanda!

Allí en aquella sombría casa, al lado de aquel esposo, egoista, injusto y cruel; al lado de aquel réprobo, arruinado por el mundo, y á quien el mundo arrojaba de su seno, enfermo y envejecido, la desgraciada jóven se parecia al ángel de la Guarda, á ese celeste mensajero que Dios coloca al lado de los míseros mortales para aliviar sus dolores y mostrarles el camino del cielo.

—¡Qué odiosa soledad! murmuró amargamente el baron: siempre aislados de todos: ¡imbécil gente la de este pueblo!

Fernanda pasó la mano por la cabeza de un gran mastín sentado á sus piés, y que correspondió á su caricia con una mirada de amor y guardó un melancólico silencio.

El baron, irritado, dió un puntapié al perro, que se refugió gimiendo detras de su ama.

Esta se estremeció como si ella misma hubiera recibi-

do aquel castigo injusto y cruel: se conocia bien que no en vano vivia hacia siete años en una violencia continua, en un continuo padecimiento moral, y que sus nervios doloridos y excitados la tenian en un estado de sufrimiento y debilidad, que hubiera alarmado á cualquiera que se interesase por ella.

—¡Habla! gritó su marido irritado: cuando me quejo, jamás me respondes, y parece que tengo á mi lado una persona sorda y muda.

—¿Qué quieres que te diga? repuso la baronesa: estamos solos, es verdad: pero ¿cómo ha de venir la gente del pueblo á vernos, si á nuestra llegada vinieron á visitarnos algunos vecinos y á nadie quisiste recibir?

—¡Porque son todos unos imbéciles, estúpidos y repugnantes!

La baronesa volvió á guardar silencio.

—¿Se ha avisado al médico nuevo? volvió á preguntar el baron.

—Sí, respondió Fernanda; pero como ha llegado esta mañana....

—¿Y eso qué tenia que ver? ¡Será quizá otro padre cómodo como el que, gracias á Dios se ha muerto!

Nuevo silencio de Fernanda.

—¿Cuándo se ha avisado al médico? preguntó su marido.

—Esta tarde, respondió Fernanda.

—¿Pero á qué hora?

—A las tres.

—Me gusta la diligencia! gruñó otra vez el baron: ¡se le avisó á las tres, y aun no ha tenido por conveniente dejarse ver!

—Señora, el señor médico pide permiso para entrar, dijo á la puerta una aldeana que servia á los dos esposos.

—¿Qué gente mas cerril! exclamó el baron: ¡el señor médico! ¡que pase al instante, animal!

Un instante despues entró el doctor: era jóven, de

gallarda figura, pero su aspecto revelaba profunda tristeza.

Fernanda volvió la cabeza para verle: la luz del quinqué dió de lleno en la cara del doctor, conforme se iba acercando; la baronesa le miró, y dejó escapar un agudo grito: ¡era Jorge!

En seguida cayó sobre su asiento sin voz y sin color: cerró los ojos y llevó la mano al corazón con una expresión de sumo sufrimiento. El médico, sin hacer caso del baron, sin pensar siquiera en que estaba allí, se lanza hacia la jóven y grita á su vez:

—¡Fernanda!

Levántose el baron pálido y sombrío, y se acercó al grupo encantador que formaba la inanimada jóven y el médico.

—¿Qué es esto? murmuró con las mejillas cubiertas de un color de púrpura, que era casi violado: ¿quién es vd.? ¿á qué viene vd. aquí?

Jorge no respondió: sostenia en su brazo la pálida cabeza de Fernanda, cuyos largos cabellos negros se habian desprendido del peine que los sujetaba y caían por su espalda.

Hacia seis años que no veía á aquella mujer, que no se separaba jamas de su pensamiento: desde Baden, no habia vuelto á hallarla en el camino de la vida, ni se habia atrevido tampoco á buscarla.

¡Cómo la hallaba ahora! La profunda mirada de la ciencia descubria el martirio horrible, silencioso é ignorado de todos que habia sufrido Fernanda, y los estragos que aquel martirio habia hecho en su organismo tan débil, tan nervioso, tan delicado.

¡Fernanda se habia mecido en esperanzas engañosas! ¡Fernanda se habia ido quedando pálida, flaca como una sombra! ¡Fernanda iba á morir!

El alma era lo que enviaba al rostro reflejos de dicha y de esperanza; pero el continuo dolor moral que por espacio de siete años habia sufrido, sus noches sin sueño,

sus largos dias pasados en el llanto por las sinrazones de su marido y sin tomar alimento alguno; su eterna soledad, su excesivo trabajo material, á fin de que sin mas criados que una tosca aldeana, no faltase nada á las continuas y ridículas exigencias de su esposo; sus cavilaciones, sus penas, el recuerdo de su padre, de su prima y de Jorge, de todo aquello, en fin, que amaba y que se hallaba lejos de ella, todos estos dolores propios de la vida, habian ido adelgazando y estaban próximos á romper el hilo de la suya.

Jorge leyó la terrible sentencia en la lívida frente de Fernanda: alzó al cielo sus grandes ojos negros, y dijo á imitacion de Jesus:

—¡Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz!

IX

Abrió los ojos por fin la baronesa, y su mirada buscó con inefable alegría la mirada de Jorge.

¡Cuánto, en sus largas horas de soledad, cuánto habia pensado en él y le habia llamado! ¡cuántas veces soñó que salia del templo asida de su brazo, coronada de azahar, vestida de blanco y unida á él para siempre! En aquella mirada, se encendia el fuego de una fiebre mortal, y en medio de su extravío no vió al baron, sino al único hombre á quien habia amado.

—¡Jorge! exclamó: ¡ya estás aquí! ¡al fin te veo! ¡yo creí que te habias muerto!.... ¡cuanto he llorado por tí....

—¡Ah! balbuceó el baron con acento concentrado: ¿conque este es aquel Jorge que tú nombrabas soñando, y al que jamas nombrabas despierta?

—No puede responder á vd., señor baron, dijo el médico; su estado es muy grave.... es preciso acostarla....

—¡Ya! ¿conque muy grave, eh? repitió el esposo con acerba sonrisa.

—¡Muy grave.... lo repito! afirmó Jorge con solemnidad terrible.

—Y vd.... Jorge.... el amante con quien ella soñaba, viene á asistirle.... á cuidarla.... á estar á su lado.... Vaya, vaya.... que es chistoso!

—Es una cosa muy triste, señor baron, y muy terrible para mí lo que va á suceder, dijo el jóven doctor, reclinando en el respaldo del sillón la cabeza de la baronesa, cuyas mejillas se encendían ya con el fuego de la fiebre; pero, ante todo, debo decir á usted, que hace seis años que no veo á su esposa, y que desde que nuestro enlace, próximo ya á verificarse, se rompió hace siete años, no le he dirigido la palabra.

—¡Bah, bah! ¿Si pensará vd. que yo creo en esos amores de libretos románticos? dijo el baron: ¿sabe vd. que conozco el mundo mucho mas que usted?

—A la verdad, yo le conozco muy poco, repuso Jorge con una tristísima sonrisa: el estudio y Fernanda han sido las dos únicas cosas que en él han fijado mi atención: pero la baronesa de Valdemar no es ya Fernanda para mí, aunque debo confesar á vd. que endulzaré todo lo posible su agonía.

—¡Su agonía! exclamó el baron, levantándose de su asiento, lívido, con los ojos dilatados por el espanto.

—Su agonía, señor baron.

—Pero.... ¿está enferma?....

—No verá el sol de mañana.

—No, no, eso no puede ser! gritó el baron recobrando de repente un vigor extraño, y arrojándose á los pies de su mujer: ¡morirse.....ella!..... ¡pero si le han llamado á vd. para mí.

—Ya lo sé: y yo vine porque no sabia quién era vd., ni que ella habitaba aquí: sin embargo, señor baron, vd., aunque sufriendo algo de su dolencia, puede aun vivir largos años..... ¡pero ella morirá muy pronto!

—¡Oh, no! gimió el baron llevando á sus labios las manos de la jóven: ¡dejarme ella, ahora que, gracias á sus esfuerzos, podíamos volver á Madrid! ahora que yo podría pagarle todo lo que le debo! ¡dejarme ella que es mi ángel tutelar, mi dulce compañera, mi todo en este mundo! ¡no, eso no puede ser! ¡vd. no sabe, doctor, cuánto la amaba yo, á pesar de mis extravíos, á pesar de mi carácter irascible, á pesar de mis modales bruscos!..... ¡morirse! ahora que iba á ser mia otra vez..... ¡ahora que iba á ser madre!..... Doctor, añadió volviéndose á Jorge, lo que mas he deseado toda mi vida ha sido un hijo... Fernanda me iba á dar uno; pues bien; si el parto está cerca y es necesario, sacrifíquelo vd. á la vida de su madre... que viva ella, y todo es nada para mí!.....

Jorge mecía la cabeza con melancolía.

—El hijo sacrificado no salvaria á la pobre madre, dijo.

—¿Por qué?

—Porque la herida de Fernanda está en el corazón.

—¿De qué proviene, pues?

—De haber sufrido mucho!

—Y esos pesares, ¿quién los ha ocasionado? ¡Yo! ¡yo, sin duda! exclamó el baron: ¡oh, sí! Yo he sido para ella el mas cruel, el mas egoísta de los hombres.

—Ignoro cuál ha sido la vida de Fernanda en el largo espacio que yo no la veo, dijo Jorge; solo si puedo asegurar que ha sufrido mucho..... ¡mucho! El egoísmo de los hombres! ¡ah! ¡cuántas víctimas hace! prosiguió el jóven doctor: ¡á cuántas mujeres he curado ó asistido heridas nada mas que de melancolía ó desesperación! Sí, caballero; todas las faltas, todos los vicios de los hombres nacen del egoísmo: de pensar mas en sus placeres que en la tranquilidad y en la dicha de sus esposas, pues si pensarán en ellas, procurarían no ofenderlas. Vamos, señor baron: conduzcamos á Fernanda á su cuarto, y si vd. la ha hecho sufrir, bastante castigado estará con su recuerdo, cuando ella haya volado al cielo.

El baron no respondió: gruesas lágrimas caían de sus ojos; ayudó á Jorge á trasladar á su cuarto el cuerpo de Fernanda, que habia quedado de nuevo sumergida en una congoja profunda.

La aldeana la desnudó y la acostó, sin que ella hiciera el menor movimiento.

Jorge salió de la estancia y de la casa: necesitaba aire y espacio porque se ahogaba: volver á ver á Fernanda despues de seis años, y volverla á ver para asistir á su muerte, era una cosa superior á sus fuerzas. Su cabeza estaba dolorida y abrasada: zumbaban sus sienes, y hubo algunos instantes en que tuvo que comprimirlas con ambas manos.

La noche estaba muy fria; el cielo blanco, y nevaba de una manera copiosa, lo que prestaba á la atmósfera una gran claridad.

Jorge, insensible á los rigores de la intemperie, se apoyó en el tronco de un árbol, alzó al cielo los ojos y exclamó:

— Oh, Señor, padre y consolador de las criaturas, mi pobre ciencia es impotente para salvar á Fernanda! Solo un milagro tuyo puede volverla á la vida. Hazlo, pues, ya que ahora en el arrepentimiento de su marido, vislumbro para ella una esperanza de felicidad.

Detúvose aquí el doctor: aquella generosa súplica agotaba sus fuerzas..... la vista de Fernanda habia despertado su pasión hacia ella.

Apoyó la frente en el tronco del árbol y quedó inmóvil.

Su dolorosa distraccion no le dejó ver á dos mujeres que pasaban por la senda, á cuya orilla se alzaba el árbol en que se hallaba apoyado.

—¿Conque vas á casa de esos señores forasteros tan ricos? preguntó la una á la otra.

—Sí, respondió: á asistir á la señora que está de parto: el mismo señor ha venido á buscarme, porque dicen que

el médico nuevo, aunque ha ido, se ha vuelto á marchar sin decir una sola palabra; y no saben dónde se halla.

—¡Vaya una cosa rara! ¿Si estará loco? pues si no hubiera comadre en el lugar, la pobre señora estaba bien.

Las dos mujeres se alejaron: el médico, de quien ellas hablaban, no las habia visto ni oido.

Largo rato despues levantó la cabeza; miró en torno suyo y emprendió de nuevo el camino que conducia al viejo castilló señorial de Valdemar.

—¿Quién me hubiera dicho, murmuró, al elegir este pequeño pueblo para mi retiro, que iba á hallarla, y en qué estado! ¿Cómo he podido separarme de ella?

Apresuró el paso, entró en el castillo y llegó á la habitación de Fernanda.

La primera cosa que hirió su oído fué el lloro de una criatura que acababa de venir al mundo: la baronesa, acostada en su lecho, pálida é inmóvil, tenia los ojos cerrados: á su lado, en una cunita, estaba el niño que una hora antes habia nacido, y la nodriza que le miraba con esos ojos de impasible curiosidad de la mujer pagada para dar el alimento. El baron, sentado al lado del lecho, tenia el semblante oculto entre las manos. Una lámpara alumbraba con una débil luz aquel cuadro.

La estancia, que era sencilla y casi pobre, demostraba lo que era Fernanda: al lado de la ventana, un velador sostenia un bordado de tapicería y un libro. Mas allá, el piano abierto, tenia en el atril una romanza de Bellini.

En el fondo, un caballete dejaba ver un cuadro que representaba un canastillo de flores.

El rero pero entreabierto mostraba unas chinelas pequeñas, como las de Cendrillon, y un peinador blanco. Sobre la mesa, un ramo de flores inodoras, y cultivadas en macetas por la mano de Fernanda, lucían sus colores.

El médico recorrió con una mirada triste el aposento, y luego, acercándose al lecho, tomó la mano de la baronesa, que pendía fuera del lecho, con languidez y desmayo.

Luego tocó su frente, hizo un gesto de triste resignación, y volviéndose á la nodriza, le dijo en voz baja:

—Vaya vd. á buscar al señor cura.

—¡Qué!.... ¡qué dice vd.! exclamó el baron levantando azorado la cabeza.

—Que ya está en agonía, respondió Jorge con sombría calma.

Y se inclinó sobre el lecho sin soltar la mano de la baronesa, y mirando aquel rostro que el sepulcro iba á robarle bien pronto para siempre. Cuando llegó el sacerdote, Fernanda abrió los ojos y dijo con voz débil:

—¡Yo sé que voy á morir, señor!.....hay en mi alma una cosa oculta que me lo avisa.....ahora que iba yo á ser tan dichosa con mi hijo! ¡pero hágase en todo la voluntad de Dios!

—Perdon, Fernanda! sollozó el baron.

—¡Perdon! ¿de que! pues ¿qué me has hecho?

—Te he hecho sufrir mucho!

—¿Quién no sufre en la tierra? Aquí no venimos á gozar.....muero dichosa, porque he hecho mi deber, y he contribuído á que recobres tu fortuna..... dame nuestro hijo para que mis ojos se cierren para siempre contemplándolo!

El médico tomó al niño y le puso en los brazos de su madre.

—¡Gracias, Jorge, y adios! dijo la baronesa: lleva á Leticia mi despedida y dile que rece por mí.

Jorge y el baron se retiraron al extremo de la alcoba, y la jóven quedó sola con el sacerdote.

La aurora enviaba su primer rayo, cuando Fernanda dejó escapar un leve suspiro: era el último. Jorge partió al día siguiente para Roma, y tres años despues se ordenó y puso en su cabeza la corona del sacerdocio.

El baron no volvió mas al gran mundo ni á la sociedad, de la que él y su mujer habian sido víctimas; ella inocente y resignada, el culpable y egoista: se quedó en su

vieja casa solariega y pudo ver llegar á su hijo á la adolescencia.

¡Cosa extraña! la tibia afición que habia sentido por su esposa, cuando esta vivía á su lado, se convirtió despues de haberla perdido, en una pasión profunda.

Cuando Fernando que así se llamó su hijo, le preguntaba por su madre, el baron respondía siempre:

—Tu madre, hijo mio, fué la mas buena, la mas dulce, la mas noble, la mas inocente de cuantas mujeres hallé en mi larga carrera: fué mártir sin saberlo, y el mundo no le concedió ninguna gloria por sus oscuros sufrimientos; pero Dios, sin duda, le ha dado la eterna entre sus elegidos.

FIN DE MARTIRIO SIN GLORIA.